

## **LAS VÍSPERAS DEL GRAN ACUERDO NACIONAL. MILITARES Y POLÍTICOS APUESTAN AL FUTURO A FINES DE 1970**

**Gonzalo de Amézola**

*Centro de Investigaciones Socio-Históricas - UNLP*

### **1. Introducción.**

En la segunda mitad de 1970, quienes habían protagonizado tradicionalmente la vida política argentina (los militares, en el gobierno desde 1966, y los políticos "propiamente dichos", que habían soportado desde ese entonces su congelamiento) toman posiciones para protagonizar un cambio que se avizoraba cercano. Terminada la primera etapa de la Revolución Argentina con el desplazamiento de Onganía, se anunciaba un regreso a las instituciones de la Constitución, pero tantos cambios se habían producido desde el derrocamiento del Dr. Illia que quienes ambicionaban hacerse con el poder estaban desorientados. Desde el Cordobazo la Argentina parecía haberse convertido en un país distinto, donde el descontento social se traducía con frecuencia en revueltas populares.

A partir de 1969, las Fuerzas Armadas se van convenciendo progresivamente de que el proyecto de 1966 será imposible de concretar. Dos fenómenos nuevos acompañan y -en la óptica castrense- agravan el cuadro: el sindicalismo clasista y los movimientos guerrilleros que, especialmente con el asesinato de Aramburu, producen un extraordinario impacto en la ciudadanía en general y en los militares en particular. Es precisamente a mediados del 70 cuando el cadáver del ex presidente de la Revolución Libertadora es hallado y una de las primeras apariciones públicas del Gral. Levingston, (el inesperado sucesor de Onganía) es para participar en la ceremonia de su entierro. Pero además de estas circunstancias internas, los acontecimientos que se desarrollaban en los países vecinos ejercían una poderosa influencia en quienes tenían el poder o lo pretendían.

A principios de octubre de 1968 un golpe de Estado en Perú derroca a Belaúnde Terry e instala en el gobierno al General Velazco Alvarado, que encabeza

una revolución nacionalista de matices socializantes.<sup>1</sup> Esta experiencia produjo un gran efecto en los civiles y los uniformados argentinos. Por otra parte, el auge de la guerrilla urbana en Brasil y (sobre todo) en Uruguay impulsa a pensar que la vida política argentina se encontraba ante un fenómeno que no era aislado, con el que habría que convivir largo tiempo antes de que pudiera derrotárselo y que esa eventual derrota no se produciría mediante un simple expediente policial sino que (según quienes opinaran) sería el resultado de una represión que excediera ese marco o de medidas políticas que licuaran la amenaza que se cernía sobre el orden establecido o de ambas cosas a la vez.

El conjunto de estos fenómenos estaba en permanente cambio e imponía a políticos y militares la necesidad de interpretarlos sobre la marcha y pensar en el futuro como una combinación posible de lo que estaba ocurriendo tanto dentro como fuera de nuestras fronteras y actuar en base a esa percepción de un escenario cambiante. Así, en la coyuntura de la que nos ocuparemos, otros dos acontecimientos impresionan a la opinión pública y contribuyen a constituir ese inédito clima de ideas. En primer lugar, las elecciones generales que se realizan en Chile a principios de septiembre de 1970 que dan como resultado el triunfo de la Unidad Popular, lo que auguraba igual destino a otras coaliciones de la izquierda ya existentes (como el Frente Amplio de Uruguay) o que pudieran concretarse en el futuro. El 4 de noviembre, Salvador Allende jura como presidente y comienza su experimento de llegar al socialismo por la vía constitucional. En segundo término, el 9 de octubre asume la presidencia en Bolivia el General Juan José Torres, quien declara que su país forma parte del tercer mundo revolucionario.<sup>2</sup> La experiencia peruana dejaba de ser un caso aislado.

---

<sup>1</sup> A diferencia de otros colegios militares de América Latina, en el Centro de Altos Estudios Militares de Perú, los oficiales tenían en sus programas bibliografía como los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* de Mariátegui y la *Teoría del Estado Capitalista* de Sweezy. Además otra diferencia ideológica perceptible era que este Centro publicaba textos contrarios al liberalismo y favorables a la Revolución Cubana. Un ejemplo de esto último es la obra del peruano Víctor Villanueva, *El CAEM y la revolución de la Fuerza Armada*. Allí, el autor afirma que: "Esta nación hermana (Cuba) ... constituye un ejemplo históricamente eficaz que varias naciones iberoamericanas, urgidas por la miseria y la injusticia, desean seguir." Cfr. GARCÍA, Prudencio, *El drama de la autonomía militar*, Madrid, Alianza, 1995, p. 46.

<sup>2</sup> El Gral. Juan José Torres intenta instaurar un régimen populista y favorecedor de los sectores más bajos de la sociedad boliviana entre 1970 y 1971. En este último año es derrocado por un golpe derechista dirigido por el Cnel. Hugo Banzer Suárez.

En este marco, los militares y los políticos argentinos hacían sus apuestas para un futuro que, finalmente, se abrirá en marzo del año siguiente cuando el Gral. Lanusse tome el poder y lance su plan: el Gran Acuerdo Nacional. Así, los meses finales de 1970 presentan una gran fluidez, esencial para comprender lo que ocurrirá en tiempos de Lanusse. Las páginas que siguen buscan reflejar la complejidad del debate en el momento previo al punto de inflexión que significará la propuesta de elecciones que se lanza en el '71 e intentan dar un panorama de este posicionamiento diverso, de las diferentes opiniones dentro de las Fuerzas Armadas, de los primeros movimientos de los políticos en este escenario y de las contradicciones de unos y de otros. El peronismo, cuya complejidad lo hace merecedor de un trabajo aparte, sólo será aludido en relación a los proyectos multipartidarios que el Movimiento Justicialista o personalidades pertenecientes a él integran: La Hora del Pueblo y el Encuentro Nacional de los Argentinos.

## **2. De corceles y de aceros. La interna militar.**

Después del enfrentamiento entre azules y colorados en 1962-63, que culmina con la victoria de los primeros sobre los oficiales más cerradamente antiperonistas, la línea profesionalista triunfa en el Ejército, éste consolida su supremacía sobre las otras dos Armas y Onganía se transforma en líder militar indiscutido.

Las creencias compartidas que unían a los vencedores eran la necesidad de volver a los cuarteles para lograr cohesión interna y la de no intervenir en política para evitar que se produjeran nuevas fracturas. Esta última afirmación, por supuesto, debe entenderse de una manera limitada. Lo que significaba en realidad era el propósito de no apoyar las propuestas de algún sector político determinado sino solamente aquellas elaboradas por las FF.AA. con grupos civiles afines.

Esas características se perciben claramente en el golpe de estado de 1966, en el que la búsqueda de mantener la cohesión y la disciplina dirigen claramente la organización del gobierno de facto. Onganía, para ese entonces en retiro, es nombrado presidente por la Junta Militar, permitiéndosele considerar que no debía explicación alguna a quienes le habían entregado el poder. Los ministros y secretarios de Estado son elegidos entre «técnicos apolíticos» y los militares en actividad se limitan a integrar organismos no ejecutivos como el CONADE y el CONASE.

Los hombres del Ejército que habían coincidido en forma unánime en derrocar al Dr. Illia no presentaban, sin embargo, una visión uniforme acerca de los problemas a enfrentar. Según Guillermo O'Donnell podían distinguirse cuatro

sectores dentro de ellos en el período que va de 1966 a 1973: los «paternalistas» (individuos provenientes de la pequeña clase media provinciana, relacionados con las corrientes tradicionalistas de la Iglesia, de mentalidad autoritaria, corporativistas y refractarios al capitalismo); los «nacionalistas» (que abogaban por un fuerte intervencionismo estatal que impulsara un “capitalismo nacionalista” y la unión entre pueblo y Fuerzas Armadas por medio de una ideología “nacional” que ellos mismos proclamarían); los «liberales» (pertenecientes a la clase alta urbana, partidarios de promover un capitalismo moderno y que consideraban que el golpe de Estado era un mal necesario para reinstalar una democracia constitucional eficiente), y los “profesionales” (que se acomodaban a los vaivenes políticos teniendo en cuenta sus ventajas personales). Los presidentes de la Revolución Argentina (Onganía, Levingston y Lanusse), dice el autor, provinieron -en ese mismo orden- de los tres primeros grupos.

Sin embargo, esta tipificación no puede comprobarse empíricamente hacia fines de 1970. En esa época el impacto de los procesos de Bolivia y Perú, del acceso al gobierno de la Unidad Popular en Chile y del avance del Frente Amplio en Uruguay, influye profundamente en el escenario político argentino y el auge del nacionalismo y las ideas de izquierda afecta también la perspectiva de las Fuerzas Armadas. Para ese momento, los «nacionalistas» evocan a los militares peruanos, sus discrepancias con los «paternalistas» (nunca del todo claras) habían dejado de existir y sus diferencias con los «liberales» se difuminaban en el plano económico ante la adhesión de estos últimos al intervencionismo predominante, que se expresa en las «Políticas Nacionales» aprobadas por la Junta de Comandantes en junio de ese año.

El fracaso del intento de lograr un desarrollo inducido por la incorporación de capitales externos obtenidos por inversiones de las empresas transnacionales, había inclinado la balanza desde 1968 en favor del capital local unido al apoyo del aparato político del Estado.<sup>3</sup> El mismo Lanusse, cuando asume la presidencia de la Junta, resalta especialmente cuatro puntos de esas directivas: modernizar la estructura política, acelerar el desarrollo integral y armónico del país, propender a la nacionalización de la economía y canalizar los beneficios del crecimiento económico hacia una equitativa distribución de la riqueza.<sup>4</sup>

La controversia sólo se instala acerca del primero de esos puntos. En torno

---

<sup>3</sup> SCHVARZER, Jorge, *La industria que supimos conseguir*. Bs. As., Planeta, 1996, cap. 8

252 | <sup>4</sup> Cfr. «Las pautas de la Junta» en *Análisis*, 9 /III/71.

a él podrían establecerse dos posiciones en el Ejército: la de quienes son partidarios de que una solución política es un requisito para encarar los problemas económicos (los generales liderados por el Comandante en Jefe) y la de quienes pretenden que la salida electoral sea antecedida por una profundización de la Revolución. En este último grupo se ubican personajes disímiles como el desarrollista Gral. Guglielmelli, el Gral. (R) Labanca (cuyo peruanismo es sólo comparable con su fobia hacia Lanusse<sup>5</sup>) y elementos de la oficialidad intermedia, más ligados ideológicamente a Onganía y, luego, a Levingston. En las otras Fuerzas, la posición de Lanusse recibía apoyo decidido de la Armada y dudoso de la Fuerza Aérea.

Los generales más próximos a Lanusse -aquellos a los que Perón denominará "la camarilla"- presentaban varios rasgos en común. Uno de los más destacados era que la mayoría de ellos había sido dados de baja por rebelarse contra el gobierno peronista y fueron restituidos a filas después de 1955, en virtud de sus "méritos revolucionarios": "...en 1973 seis de los once generales que componían la cúpula, incluido Lanusse, habían sido reincorporados y uno de los cinco restantes (López Aufranc) había sido separado de la Escuela Superior de Guerra durante el peronismo".<sup>6</sup> Buena parte de los antiguos rebeldes tuvo participación en el intento de golpe de Estado del Gral. Menéndez en 1951 y la cárcel o el exilio había forjado entre ellos estrechos lazos de amistad. Tal era el caso del Gral. Rafael Herrera, una de las personas más cercanas a Lanusse, según las declaraciones de este último. Otro dato relevante de quienes componían la *élite* del Ejército a fines de los '60 y principios de los '70 era la destacada actuación de sus integrantes en el bando de los "azules" en los enfrentamientos de 1962 y 1963.<sup>7</sup> Los principales apoyos militares de Alejandro Lanusse, los generales Alcides López Aufranc y

---

<sup>5</sup> El Gral. Labanca había participado en un complot ultranacionalista para que Lanusse renunciara como Comandante en Jefe del Ejército. La conspiración (que era del conocimiento de Onganía) se descubre y Labanca es pasado a retiro el 24 de julio de 1969.

<sup>6</sup> MAZZEI, Daniel H, "Azules: perfil socio - profesional de la élite del Ejército, 1966 - 1973", trabajo presentado en las VIº Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia, 1997, p. 15.

<sup>7</sup> Según Ernesto López, podían distinguirse entre los oficiales azules dos sectores, aunque ambos coincidían en sus objetivos centrales (terminar con los "planteos militares", profesionalizar la Fuerza recuperando los valores institucionales clásicos y acercarse - y aún dar participación política - a los sectores más inocuos del peronismo). El primero era la llamada "trenza de caballería", que fue finalmente el predominante. El segundo, que el autor califica como "de tonalidad más nacional y popular", estaba compuesta por Roberto Fonseca, Gonzalo Gómez y Ernesto López Meyer, entre otros. Cfr. LÓPEZ, Ernesto, *Seguridad nacional y sedición militar*. Bs. As., Legasa, 1987, p. 174.

Tomás Sánchez de Bustamante, comandaron los regimientos 8 y 10 de Caballería Blindada que habían jugado un papel fundamental en esos conflictos. Finalmente, el arma de Caballería predominó de manera absoluta en los mandos del Ejército desde 1963 hasta el ascenso de Cámpora a la presidencia.<sup>8</sup>

A pesar de estas divisiones, lo que en las Fuerzas Armadas no se discutía en ese entonces era una serie de principios globales como la necesidad de un crecimiento económico armónico, regionalmente coherente, apoyado en industrias de base que debía impulsar el Estado, a quien correspondía tener en cuenta la capacidad de decisión nacional que resultaba de ese desarrollo, necesariamente planificado.

### **3. La pequeña revolución de octubre. Levingston toma la iniciativa.**

Si el acuerdo en derrocar a Onganía por no promover instancias de participación política que descomprimieran la situación termina siendo unánime, la designación de su heredero es controvertida. Se niega Lanusse a aceptar el cargo, se descartan varios candidatos y, finalmente, es nombrado -a propuesta de Gnavi- Roberto Levingston. El elegido era un general que se había iniciado en el Arma de Caballería y se había especializado en "inteligencia", que había participado en el bando de los azules en los enfrentamientos de comienzos de los '60, que en ese momento era totalmente desconocido por la opinión pública y que para ser convertido en Presidente es rescatado de su destino en Washington, donde se desempeñaba como representante ante la Junta Interamericana de Defensa.

El Gral. Lanusse justifica esta decisión en sus memorias por la necesidad de no avalar las sospechas de que el desplazamiento de Onganía se realizaba sólo para consagrar sus propias ambiciones personales. Observadores más suspicaces arriesgan la hipótesis de que el Comandante en Jefe procuraba reservarse para ser presidente en una futura restauración del régimen democrático. Levingston acepta el cargo -según sus declaraciones posteriores- cuando la Junta le asegura que su período iba a ser el segundo ciclo de la Revolución -no una presidencia interina

---

<sup>8</sup> Mazzei describe al prototipo del oficial "azul" de la siguiente manera: "...un joven oficial de Caballería (menor de 47 años), porteño o bonaerense, ubicado entre los primeros de las promociones dominantes del período (63, 64 y 68), egresado de la Escuela Superior de Guerra, con una acción destacada en los sucesos de septiembre de 1962 y abril de 1963 y de larga militancia antiperonista." MAZZEI, D., *ob. cit.*, p. 15.

para restaurar la constitucionalidad- y que su poder no iba a estar recortado por quienes encabezaban a las tres Armas más que en ciertas cuestiones puntuales (ser Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas y, en temas legislativos de la mayor importancia, no actuar si la opinión unánime de los Comandantes era contraria a sus iniciativas).<sup>9</sup> Si esto fue así, significó un paso atrás en la preeminencia que los Comandantes buscaban tuviera la Junta o, al menos, fuente de los malentendidos que rápidamente iban a surgir con el nuevo mandatario.

Los meses de la presidencia de Levingston son de una trabajosa búsqueda de rumbo entre los sectores que pugnaban por una solución institucional comandados por Lanusse y los partidarios de "profundizar" la revolución. El nuevo Presidente imprevistamente se une a este segundo grupo procurando instalar un proyecto propio y el Comandante del Ejército se empeña en mantener la apariencia de unidad en medio de una solapada controversia. Sin embargo, las dificultades de esta etapa pueden percibirse simplemente por las demoras en las decisiones políticas. Removido Onganía el 8 de junio, recién diez días después es designado Levingston; la formación del nuevo gabinete es trabajosa y se logra al cabo de tres semanas. El resultado es un equipo heterogéneo, producto de la pugna de distintos grupos que buscaban influir en el poder, al que unos llaman "el gabinete arco iris" y los menos piadosos "el arca de Noé", porque -decían- allí podía encontrarse un animal de cada especie. Algunos cambios de gobernador en las provincias se demoran exageradamente (en Tucumán, por ejemplo, el nuevo mandatario asume el 4 de septiembre).

El intento de Levingston de construir sus propias bases políticas independizándose de la tutela de la Junta se manifiesta en el funcionamiento del gabinete.

El nuevo Ministro del Interior contaba con el respaldo de Lanusse. El Brigadier Eduardo Mc Loughlin había participado durante los gobiernos de Aramburu y Guido en los procesos que llevaron a las elecciones y había tenido una actuación marginal en la Revolución Argentina como embajador en Londres, lo que le permitía no verse tan implicado con la herencia de Onganía para proponer soluciones. A fines de julio realiza declaraciones que dan a conocer su pensamiento político. Preguntado sobre la represión de los grupos terroristas afirma que el gobierno los combatiría

---

<sup>9</sup> Cfr. SIMON, Hugh, *Radicales y militares 1955-1983. Desde una relación familiar hasta el divorcio*, Bs. As., Editorial Centro de Estudios para la Nueva Mayoría, 1997. Simon entrevista a Levingston en 1994 y éste le dice veía en Onganía a una persona muy equilibrada y que no pensaba modificar la situación cuando asumió la presidencia, sino volver a las raíces de la Revolución Argentina. Ver nota 197 en p. 173.

“...con los medios exclusivamente normales” y que su principal objetivo consistía en plasmar “...una amplia zona de acuerdo entre ciudadanos, basada en la fe en las ideas democráticas, en las políticas esenciales de la Nación y en una amplia tolerancia.” Para Mc Loughlin, el problema de la violencia era de carácter mundial y por lo tanto no debía pensarse que era resultado de problemas estructurales o institucionales exclusivamente argentinos. No era necesario, entonces, insistir en el cambio de nombres o de formas de los partidos políticos. Lo que sí resultaba conveniente era limitar su número, pues sólo se evitaría la atomización política y se garantizaría la estabilidad si el gobierno que se eligiera contara “...con el apoyo de una fuerza política mayoritaria”.<sup>10</sup>

Pero quien tenía el respaldo de Levingston era el Subsecretario del Interior para Asuntos Políticos, Enrique Gilardi Novaro,<sup>11</sup> quien se transforma en un verdadero ministro paralelo. Este funcionario creía que la disolución de los partidos había sido más que conveniente y que se debían establecer contactos de carácter personal con las figuras destacadas (y consideradas potables por el gobierno) que habían surgido de ellos. Esto haría posible marginar a Perón y que el aparato político de la UCRP se desmoronara.

Una posición intermedia estaba representada por el Ministro de Defensa, Cáceres Monié, un hombre ligado al desarrollismo que era partidario en cambio de una acción que atendiera simultáneamente al desarrollo económico y a la apertura política. Acerca de esta última, no explicitaba cuáles serían los plazos para que se concretara ni el papel que jugarían en ella los partidos políticos. Proyectaba, en cambio, diversas acciones como debates acerca de una reforma constitucional, de un nuevo Estatuto de los Partidos Políticos y consultas a personalidades destacadas.

Según Potash, en los difusos comienzos de esta discusión, el Presidente y el Comandante del Ejército parecían coincidir en la última opinión.<sup>12</sup> Las memorias de Lanusse sugieren, sin embargo, una fuerte influencia del titular de Interior. Allí, reproduce declaraciones de Mc Loughlin que lo impresionan vivamente: «La violencia demora para que se entre de lleno en la parte política, porque la faena

---

<sup>10</sup> Cfr. *Confirmado*, 29/7/70, pp. 16-17.

<sup>11</sup> Gilardi Novaro había integrado en 1963 la derecha populista acaudillada por Solano Lima y luego se aproximó al frondicismo, hasta que Levingston lo nombra en Interior. Cfr. *Panorama*, 20/X/70, p. 8.

<sup>12</sup> Cfr. POTASH, R., *El Ejército y la política en la Argentina*, Segunda Parte (1966-1973), Buenos

política requiere un mínimo de serenidad y una gran libertad. Pero mi preocupación es rescatar al sector que está cerca de la violencia, y es allí donde debe hacerse algo. Hay una minoría, una pequeña minoría que está embarcada en esto: a esta pequeña minoría no creo que podamos convencerla. Pero alrededor de esa minoría circula un sector mucho más amplio de gente, un sector muy importante de juventud, que puede simpatizar, compartir inquietudes intelectuales con el núcleo que eligió la violencia. Y a esa juventud no se la puede perder».<sup>13</sup>

La paz de la segunda etapa de la Revolución Argentina duró poco.<sup>14</sup> Uno de los atentados que se produjeron en esos días fue el fallido ataque a La Calera. Consecuencia de este intento es que las pistas obtenidas de los prisioneros permiten identificar a los secuestradores de Aramburu y hallar el 16 de julio su cuerpo enterrado en Timote. La impresión que causa el hecho es enorme y promueve el repudio conjunto de radicales, peronistas y demás sectores políticos. En 18 de julio, Lanusse condena enfáticamente el hecho, pero el horror por el suceso no le impide una evaluación política de sus consecuencias que tendrá gran influencia en su accionar futuro:

«El tremendo, monstruoso episodio, presentaba dos hechos inéditos, en efecto, para la observación de quienes éramos protagonistas del proceso. El crimen había provocado reuniones de sectores antagónicos -radicales, peronistas, comandos civiles- que comenzaban a tomar conciencia del peligro que se cernía sobre la República y buscaban un método para evitar el caos. La otra circunstancia era más dolorosa para todos nosotros: existían sacerdotes -y también había pasado en el episodio de La Calera- que alentaban actitudes de violencia».<sup>15</sup>

---

<sup>13</sup> LANUSSE, Alejandro A., *Mi testimonio*, Buenos Aires, Lasserre, 1977, p. 162.

<sup>14</sup> El 29 de junio la policía de Rosario se subleva. La revuelta fue abortada al día siguiente pero el episodio produjo gran impresión en la opinión pública. En forma casi simultánea se producen una serie de atentados espectaculares. Sucesivamente -de junio a agosto-, un grupo de Montoneros ataca al pueblo de La Calera, en Córdoba, fracasando en el intento; el ERP toma Garín, roba un banco y se da a la fuga, y, nuevamente, Montoneros asesina en Buenos Aires a José Alonso, ex Secretario General de la CGT y defensor de la política de acuerdo realizado por la central gremial con el gobierno.

<sup>15</sup> LANUSSE, A., *ob. cit.*, p. 152. Sospechando la participación del Ministerio del Interior en el asesinato, los amigos de Aramburu reclamaron la formación de una comisión investigadora.

El 7 de septiembre Fernando Abal Medina y Carlos Ramus, dos de los implicados en el asesinato de Aramburu, mueren baleados por la policía en un bar de Hurlingham. En la nota en la que comenta los hechos, la revista *Panorama* afirma: "los tremendistas creen que en un futuro no muy lejano el país mostrará al mundo un epitafio lóbrego: 'Aquí yace media Argentina, la mató la otra mitad...' Puede resultar exagerado, pero si los temperantes ceden ante el terrorismo montonero la violencia se derramará sobre el país".<sup>16</sup> La sensación de que el extremismo podía arrasarse a los moderados comienza a manifestarse.

La crisis latente dentro del gabinete no tarda en estallar. El 9 de octubre la CGT declara una huelga general de 24 horas (la primera de tres en un lapso de treinta días) que actúa como catalizador. El martes 13 renuncia Mc Loughlin. Cuando esto ocurre la prensa no se sorprende. *Primera Plana* afirma que "...todos sabían desde el primer día que Eduardo Mc Loughlin no era el hombre adecuado para 'profundizar la Revolución' sino para darla por concluida..."<sup>17</sup>

El titular de Economía Moyano Llerena se solidariza con su par de Interior y también dimite. A partir de ese momento, el presidente se decide -al deshacerse de los ministros "liberales" a excepción de Manrique, quien tenía los días contados- por un proyecto nacionalista-desarrollista que centraría sus esfuerzos en *profundizar la revolución*.

El desplazamiento de Moyano Llerena, un Ministro que no variaba las líneas de sus antecesores era considerado previsible por la prensa debido a las notorias diferencias que lo separaban del Secretario del CONADE, Gral. Guglielmelli. En su lugar es nombrado Aldo Ferrer<sup>18</sup>, quien ocupaba en ese momento la cartera de Obras Públicas.

---

<sup>16</sup> *Panorama*, 15/IX/70, p. 11.

<sup>17</sup> *Primera Plana*, 20/X/70, p. 14.

<sup>18</sup> Ferrer era un economista que había adquirido notoriedad como ministro de Economía de la Provincia de Buenos Aires entre 1958 y 1960, durante la gobernación de Oscar Alende y la presidencia de Arturo Frondizi. Durante esa gestión había lanzado un programa apoyado en la expansión del capital de infraestructura, especialmente en lo referido a caminos y energía, había intentado modificar el régimen de tenencia de la tierra, la promoción de zonas deprimidas de la Provincia y la expansión de los servicios sociales. Todo ello estaría financiado por una reforma fiscal (aprobada en 1958) y coordinado por la Junta de Planificación Económica de la Provincia de Buenos Aires, encargada del diagnóstico económico y de formular un plan de desarrollo provincial. Por iniciativa de Buenos Aires se crearía el Consejo Federal de Inversiones, un organismo coordinador del crecimiento

La renuncia de Moyano y Mc Loughlin (y el ostracismo de Manrique, hasta su renuncia a principios del 71) significa la resolución aparente de las discrepancias que se habían generado en el gabinete desde junio. Ambos renunciantes habían sido impuestos a Levingston por la Junta Militar y su desplazamiento ponía a prueba la solidez del poder presidencial.

Reemplazar a Mc Loughlin en Interior no resultó sencillo por las implicancias del desplazamiento. Los medios periodísticos se hacen eco de la puja del Presidente con los Comandantes en la búsqueda del nuevo ministro y coinciden en algunos nombres.<sup>19</sup> Lanusse propone a su asesor Bringas Núñez (el civil más cercano al jefe del Ejército, según *Panorama*) y se dice que a Mor Roig, a quien todavía no conocía personalmente. Se afirma el nombre del Gral. Guglielmelli pero cuando todo parecía arreglado el nombramiento no se concreta por la oposición de alguna de las Fuerzas o por el rechazo del candidato, que no aceptaba a Ferrer dirigiendo la economía como antes había rechazado a Moyano.<sup>20</sup> Finalmente prima el espíritu corporativo y se cambia un aviador por otro, nombrando al Brigadier Cordón Aguirre. El nuevo ministro aporta a la cartera un perfil ideológico distinto y ninguna experiencia política.<sup>21</sup> De todas maneras, en el esquema de Levingston, el centro del gabinete debía desplazarse necesariamente a la cartera de Economía.

#### **4. Mentiras verdaderas. Levingston habla de política.**

Cuando la Junta de Comandantes reasumió el poder, se insinuó que la salida electoral podía estar cercana. Sin embargo, quince días más tarde -en su primer discurso a la ciudadanía- Levingston desalienta las expectativas al declarar que el plan político se articularía con el contexto socio-económico nacional y que estaría integrado en el plan general de gobierno. "Debe tenerse en cuenta que para concretar la salida institucional será menester haber afianzado los objetivos revolucionarios de junio de 1966. Por eso nadie debe llamarse a engaño, puesto

---

<sup>19</sup> Entre otros, se mencionan con reiteración los nombres de políticos como Oscar Alende, Carlos Aguinaga y Carlos Sylvestre Begnis y de militares como los generales Manuel Laprida y Julio Aguirre.

<sup>20</sup> Cfr. *Panorama* 27/X/70.

<sup>21</sup> Aunque había sido discípulo de Jordán Bruno Genta, se consideraba que Cordón Aguirre había moderado sus posiciones políticas y que podía sindicárselo dentro del nacionalismo desarrollista. Cfr. *Panorama*, 10/XI/70, p. 8.

que el proceso no es todavía corto; la convocatoria electoral al pueblo argentino será la culminación de una etapa en la que todos habrán intervenido activamente" dijo, haciendo que todos recordaran rápidamente la dialéctica onganista. Sólo hace dos concesiones a los políticos. La primera, al reconocerlos implícitamente cuando los insta "a remozar la democracia institucional". La segunda, una definición que provenía del pensamiento de Mc Loughlin: la afirmación de que el gobierno sabía discernir entre "enemigos y adversarios".<sup>22</sup>

En realidad, el Presidente -sin una base militar propia ni un sector político que lo apoyara- intentará dotarse durante su efímero mandato de un poder más sólido, tratando de acoplar su necesidad al clima de ideas imperante. En el plano militar lo intentará apelando a la oficialidad intermedia, organizando para exponer sus políticas especies de asambleas donde de subtenientes a generales de división, todos los oficiales escuchaban la palabra del mandatario en inusuales ejercicios de democracia castrense. Una muestra de esta estrategia de diálogo ampliado se desarrolló el 16 de noviembre en el Colegio Militar, donde el Presidente habló a 2.500 oficiales de las tres armas sobre los entretelones del Gobierno y sus proyectos. Hasta el día anterior, se preveía invitar sólo a las altas jerarquías pero luego se incorporó hasta los militares de más bajo rango (subtenientes, alféreces, guardiamarinas). *Primera Plana* se refiere a esta novedad: "La gente de los diarios, en particular, se solazaba imaginando que podía haber un fuego graneado de preguntas y respuestas; sin embargo, era obvio que un súbdito inferior debía recorrer, para el caso, una sucesión interminable de venias; para el superior, cuestionar equivalía a exponerse subjetivamente, y los reglamentos, se sabe, no se han hecho para desnudar el corazón".<sup>23</sup> Con la participación de los militares de menor graduación el Presidente pretendía diluir en parte las presiones de los generales. De allí su propósito de repetir reuniones similares.

Desde el punto de vista de lo que hacía a los partidos políticos (para los que el gobierno prefería el eufemismo de "corrientes de opinión"), Levingston abjuraba de las organizaciones tradicionales, apelaba a los dirigentes que rondaban los cuarenta años (llamados en la popularizada jerga oficial "la generación intermedia") y procuraba una renovación que permitiera la aparición de un movimiento que defendiera los ideales de la Revolución Argentina, tal como los entendía su nuevo vicario. Aún en la actualidad, el Gral. Levingston asegura que "veía a los partidos políticos en manos de

---

<sup>22</sup> *Panorama*, 8/XII/70, p. 10.

260 | <sup>23</sup> *Primera Plana*, 24/XI/70, p. 16.

los viejos dirigentes, quienes habían sido incapaces de manejar la política." No quería que éstos volvieran a surgir con los viejos líderes, "sino más bien con dirigentes jóvenes de la 'generación intermedia'... 'los radicales y peronistas necesitaban renovación política, especialmente los peronistas que habían perdido poder'".<sup>24</sup> El argumento para sostener estos arriesgados movimientos era la necesidad de transformaciones económicas que precedieran a la apertura política, una perspectiva que no era ajena a las ideas que circulaban por el particularmente fluido debate de la época. El 10 de agosto, en el día de la Aeronáutica, Levingston vuelve a referirse a la salida institucional y la subordina a que se logren condiciones de pacificación y concordancia que permitieran implementarla con éxito.

A mediados de septiembre dos rumores ganan la calle: el primero es el posible regreso de Perón y el segundo, un viraje populista del Ejército para antes del verano. Si bien se consideraba que ambas versiones pertenecían más al folklore que al repertorio de los posibles acontecimientos futuros, sirvieron para que los políticos exigieran una definición explícita del gobierno sobre el futuro institucional. La lograron, pero no en el sentido que esperaban. El día 29, Levingston reafirma que la disolución de los partidos dispuesta por la Revolución Argentina era para el gobierno una decisión irreversible. La solución política debía ser consecuencia del bienestar económico.

Peronistas y radicales hacen oír sus discrepancias. "Al justicialismo no le preocupan los proyectos del general Levingston" -declaró Paladino- "que por irrealidad y fantasía se agotan en sí mismos. El gobierno debe decirle su verdad al país. Por ejemplo: no vamos a permitir que el pueblo vote porque ganarían radicales y peronistas". La UCRP, por su parte, estimó:

"Los argentinos sabemos ahora definitivamente que el régimen insiste en negar la vida democrática. Están dadas las condiciones para el proceso político. Lo reconocieron incluso las propias Fuerzas Armadas. Este proceso debe abrirse para renovar las autoridades y no para tentar las complicidades con el régimen de recambio. Se alude con ligereza a una negada renovación de los partidos políticos y quienes lo dicen son los que desde hace más de cuatro años tienen congeladas las expresiones políticas argentinas".

Estas apelaciones al pensamiento mismo de los militares partían del

---

<sup>24</sup> SIMON, H, *ob. cit.*, nota 198 en p. 173. Entrevista realizada en 1994.

conocimiento de que en el Ejército existían oídos atentos para tales argumentos. Similares opiniones tuvieron todas las demás corrientes de expresión.<sup>25</sup>

¿Cuáles era el proyecto presidencial? Nunca se pasa de líneas generales: superar la antinomia peronismo-antiperonismo, terminar con el verticalismo peronista que acataba las órdenes de Madrid y estructurar con rapidez un plan político y una fuerza "nacional" que se hiciera cargo del ideario de la Revolución Argentina en las futuras (aunque no próximas) elecciones.<sup>26</sup> Las ambigüedades que envolvían al Gobierno son resumidas por *Panorama*: "se pretende un peronismo sin Perón, un radicalismo sin comité, un desarrollismo sin Frondizi y garantías de continuidad para la obra emprendida por los militares".<sup>27</sup>

La necesidad de que el plan económico tuviera éxito posponía el llamado a elecciones en cuatro o cinco años. Este lapso no era arbitrario para el Presidente: "Es el plazo que requiere, desde el punto de vista económico, la conquista de determinados objetivos económico-sociales"; a partir de ellos, el comicio podrá generar una "normalización constitucional que sea estable", lo que implicaba una organización política distinta a la de los viejos partidos contra los que había sido hecha la Revolución Argentina: "nuevas estructuras rescatarán todo lo que de rescatable tengan las anteriores".<sup>28</sup> Si el plan económico tenía éxito, las condiciones políticas para un hipotético 1975 serían totalmente diferentes y el triunfo en las elecciones podría caer en manos de políticos moderados que alentaran las ideas del oficialismo.

Con los cambios de octubre, el gabinete aparentaba mayor homogeneidad en torno a ideas provenientes de una especie de desarrollismo nacionalista, en el que -pese a diferencias significativas- podía incluirse a Aldo Ferrer, al nuevo Ministro del Interior y a Gilardi Novaro (que aunque debió resignar su subsecretaría en Interior, es preservado por Levingston en la presidencia del Banco Nación, desde donde ejercerá su influencia). Sin embargo, el presidente recibe un fuerte revés político cuando el 3 de noviembre el Gral. Guglielmelli (de posiciones desarrollistas más ortodoxas y lazos estrechos con el partido de Frondizi) renuncia en forma espectacular. Si el choque con el liberal Moyano Llerena había sido inevitable, la cercanía (aunque no la identificación) de su concepción económica con la de Aldo

---

<sup>25</sup> Cfr. *Análisis*, 6/X/70, pp. 8 a 10.

<sup>26</sup> Cfr. *Panorama*, 27/X/70, p. 9.

<sup>27</sup> *Panorama*, 3/XI/70, p. 8.

262 | <sup>28</sup> *Primera Plana*, 20/X/70, p. 15.

Ferrer permitía suponer a los observadores externos que al menos se dispensarían una mutua tolerancia. En la renuncia, ampliamente difundida por la prensa, Guglielmelli expresa entre otras cosas: "...Con motivo del relevo económico se han creado en el país, una vez más, expectativas positivas. Las declaraciones programáticas del actual Ministro de Economía y Trabajo constituyen, a mi juicio, un nuevo y más sofisticado freno al proceso de la Revolución que se nutre en la realidad del país y de la voluntad del pueblo... una de mis preocupaciones fundamentales es la relación que existe entre la economía y la política. En este orden de ideas estoy absolutamente persuadido de que, sin un drástico cambio en la política económica, no podrá desarrollarse plan político alguno..."<sup>29</sup>

### **5. Cantos de sirena. Los políticos escuchan al Presidente.**

Desde un poco antes, especialmente a partir del discurso presidencial del 29 de septiembre, en el que Levingston había ratificado como definitiva la disolución de los partidos, los políticos comienzan un realineamiento que se hace más dinámico a partir de octubre. Una muestra del florecimiento del debate puede registrarse por esos días. Por una parte, el Gral. Eduardo J. Uriburu presenta un libro titulado *Plan Europa, un intento de liberación nacional*, bajo el patrocinio del estanciero ultranacionalista-peronista Tomás Manuel de Anchorena. En esta obra, Uriburu proponía un nuevo orden para transformar a la Argentina en una potencia y reclamaba un régimen de partido único al que denominaba "Segunda República". Simultáneamente, el Ingeniero Alsogaray decidía ampliar su auditorio habitual del Instituto de Economía Social de Mercado y anunciaba una serie de conferencias televisivas para insistir en que el mundo había vivido equivocado. Reconociendo la validez de la disolución de los partidos políticos, insta en sus teleconferencias a debatir los problemas ("presentes y futuros") y se presenta como la única solución ante "los intentos demagógicos del desarrollismo y del frondifrigerismo" y "la falsa sensibilidad del populismo democristiano". Por su lado, el secretario general de UDELPA, Héctor Sandler, convocaba, después de la cuarta convención nacional de la agrupación, a la constitución de "un movimiento nacional que -elecciones mediante- institucionalizara al país, para que el propio pueblo logre el desarrollo mediante la justicia social". Sandler, además, tomaba distancia del antiperonismo ultramontano que el asesinato de Aramburu había reavivado en los antiguos

---

<sup>29</sup> Citado en LARRA, Raúl, *La batalla del General Guglielmelli*. Bs. As., Distal, 1995, p. 24.

partidarios de la Revolución Libertadora y reclamaba “la sustitución del modelo económico capitalista monopólico por un sistema económico social”.<sup>30</sup>

La idea de formar un movimiento de opinión que se hiciera cargo de la posición de los militares rondaba la cabeza del Presidente y Gilardi Novaro había iniciado sondeos con ese propósito. El 28 de septiembre se había reunido con los Equipos Nacionales para el Cambio, una corriente formada en 1968 que había alcanzado una modesta notoriedad debido a la eventualidad de que paralelamente al velatorio de Aramburu, el padre Mujica había desarrollado una conferencia en su sede. El contingente que se entrevistó con el Subsecretario estuvo integrado por Néstor Vicente, Néstor Fasco, Raúl Marín y Luis de la Sierra. Entregaron un memorandum en el que se decía que “el actual equipo gobernante no es revolucionario” y se indicaba lo irreversible del proceso que “llevará a corto o largo plazo a la realización de un proyecto nacional con sentido popular que el país urge y para cuya realización es indispensable la presencia de objetivos claros y equipos coherentes”. También afirmaban que si las Fuerzas Armadas hacían abandono teórico del gobierno, “sin hacer con el pueblo la revolución pendiente no es justificable haber desplazado por la fuerza al gobierno constitucional”. Proponían que el pueblo “junto a sectores militares realmente interesados en una revolución profunda” concretara los cambios “que el país espera”.

El 2 de octubre recorrieron el mismo camino los Equipos Generacionales Argentina 70, un cenáculo de similares características al anterior, que realizaba conferencias y mesas redondas con políticos. Encabezados por Pablo Bergel y Osvaldo Furman, reclamaron también una profundización de la revolución que precediera a un llamado a elecciones. Una consecuencia de este encuentro con Gilardi es que se produce una ruptura entre los integrantes de Argentina 70 por el reclamo del periodista Jorge Raventos (uno de los miembros de la comisión coordinadora del grupo), quien renuncia invocando su “posición nacionalista-revolucionaria y peronista” que lo inhibía de entrar en contactos con el gobierno. Y concluía: “No es posible escindir la crítica al liberalismo del ataque a todas las formas de sometimiento”.<sup>31</sup>

El resultado de las acciones directas del gobierno para organizar un partido oficialista no parecía superar estos modestos contactos y no congregaba más que a figuras de un prestigio módico, de las cuales los ex gobernadores desarrollistas

---

<sup>30</sup> *Análisis*, 6/X/70, pp. 12 y 13.

264 | <sup>31</sup> *Análisis*, 6/X/70, p. 13.

Silvestre Begnis y Celestino Gelsi eran los nombres más destacados.

Aunque el panorama no resultaba demasiado alentador en ese sentido, por el camino de la confluencia parecía más probable que Levingston lograra algún apoyo más significativo. El más destacado de los políticos acuerdistas era Oscar Alende, quien reivindicaba el vago antiimperialismo del flamante Presidente, especialmente en los lineamientos económicos de Ferrer, quien había sido ministro de Economía en su recordada administración en la Provincia de Buenos Aires durante el gobierno de Frondizi.

Alende era, a la vista de todos, el principal candidato para la formación de un partido favorable a la Revolución Argentina, lo que no le era del todo grato admitir. Él lo presentaba de otra forma: se decía escéptico ante el rumbo del gobierno militar, y proclamaba mantener esperanzas en que las Fuerzas Armadas protagonizaran una revolución nacionalista. A partir de una reunión en Córdoba, comienza una recorrida por el Interior buscando realinear a sus partidarios y tratando de conseguir nuevos prosélitos. Así logra organizar la Comisión de Enlace Ex UCRI Pro Movimiento Nacional, rearmando parte de su antiguo estado mayor con la adhesión del ex-diputado nacional Ataúlfo Pérez Aznar y la de Felipe Díaz O'Kelly, su antiguo ministro de Gobierno.

Cuando se le preguntaba al ex gobernador si preparaba un movimiento que sirviera de plataforma a los militares, lo negaba: "Eso no es verdad, es simplemente la imagen que me han creado a partir de mi oposición a retrotraer los planteos políticos a esquemas perimidos, negándome a levantar banderas de una democracia simulada como la que vivimos hasta el 28 de junio de 1966. Otra cosa que nunca hice fue a alabar este simulacro de Revolución que es la Revolución Argentina..."<sup>32</sup> En cambio, subrayaba su disposición dialoguista: "Yo hablo con todo el mundo. Con la gente de la democracia cristiana, con los socialistas de izquierda, con los radicales de Balbín, con los conservadores populares y con los nacionalistas".<sup>33</sup> Porque para Alende, la contradicción principal estaba por encima de las agrupaciones políticas: "En cada partido existen corrientes divergentes: la liberal y la nacional y popular, hasta ahora dispersas en cada uno de ellos por diversos motivos, entre ellos por la sobrevivencia de la antinomia peronismo-antiperonismo".<sup>34</sup> En el momento de explicitar sus ideas era poco preciso:

---

<sup>32</sup> *Análisis*, 27/X/70, p. 11.

<sup>33</sup> *Panorama*, 3/XI/70, p. 10.

<sup>34</sup> *Análisis*, 27/X/70, p. 11.

“Queremos que el pueblo le arrebatase a los monopolios el poder de decisión. En otras palabras: que la Argentina complete su independencia, algo que comenzó en 1816 y que todavía no pudo perfeccionarse... Nos guía el acta de la Declaración de Tucumán: ser libres no sólo de España sino de todo otro poder extranjero”.<sup>35</sup>

Si los fines de Alende eran difusos, los medios para perseguirlos eran más claros. Esta agrupación suprapartidaria de los elementos “nacionales” era necesaria pero no suficiente. “El Ejército deberá aceptar que si no hay acuerdo cívico-militar no hay posibilidades de concretar la Revolución Nacional. Eso es lo que yo defiendo, una instancia de conciliación entre pueblo y Fuerzas Armadas, no la supervivencia de la Revolución Argentina”. De ese acuerdo, nacería “el partido de la Revolución”.<sup>36</sup>

El alendismo no estaba solo, sin embargo, en sus intenciones de transformarse en el brazo político del gobierno. Una parte de la democracia cristiana podía coincidir con los intransigentes. Las corrientes internas de la DC eran la Democracia Cristiana Argentina encabezada por Horacio Sueldo y el Movimiento Demócrata Cristiano, dirigido por Salvador Busacca, Augusto Conte Mac Donell y Jorge Gualco. Este último sector miraba al gobierno con expectativa y, aún más, tenía un representante en sus filas: el conocido economista Javier Villanueva, a cargo de la Secretaría del Consejo Nacional de Desarrollo. Gualco (quien afirma que puesto a elegir entre un gobierno a la brasileña o una revolución a la peruana preferiría esta última) propone la profundización de la Revolución Argentina mediante la constitución de un Movimiento Nacional que la apoye. En este propósito subraya la posibilidad de aliarse con Alende, con quien tenían -señala- frecuentes contactos. Conte aclara por su parte que la integración de este Movimiento “es ajena a la formación de nuevos partidos. Es una coincidencia en sentido amplio, en la que debe participar de manera significativa el peronismo”. Las elecciones “en las condiciones actuales serían condicionadas. De allí surgiría una solución débil y parcial. El acuerdo de los partidos -dice refiriéndose a La Hora del Pueblo, recientemente formada- no tiene otro sentido que una confluencia no definida para forzar un llamado a elecciones, un objetivo equivocado ejecutado por un sector de dirigentes que no puede asumir la representatividad de la opinión pública.”<sup>37</sup>

---

<sup>35</sup> *Panorama*, 3/XI/70, p.10.

<sup>36</sup> *Análisis*, 27/X/70, p. 12.

266 | <sup>37</sup> *Análisis*, 1º/XII/70, p. 22.

La fracción de la Democracia Cristiana liderada por Horacio Sueldo tenía una propuesta que no era contraria al gobierno pero que resultaba de dudosa viabilidad. La DCA proponía realizar un plebiscito entre tres opciones: *continuismo*, *restauración* o *revolución*. El triunfo de la restauración significaría la vuelta a la vigencia de los partidos y el del continuismo daría el derecho al gobierno a sostenerse hasta 1977. Lo que prefería Sueldo era el triunfo de la opción revolucionaria, que implicaría la formación de un gobierno de coalición que duraría seis años y que debería cumplir un programa de transformaciones profundas, vagamente expresadas: "rescatar para el país la propiedad y la conducción de todos los aspectos básicos de su economía; distribuir no solo los resultados sino también los poderes económico-socio-culturales y políticos para cimentar una profunda democratización de la vida pública y de las oportunidades para todos; establecer una justicia efectiva y sanear el país hasta su médula".<sup>38</sup> El plebiscito debía realizarse el 1º de febrero de 1971.

El auge del peruanismo o el reclamo de la necesidad de formular un pacto entre civiles y militares que podrían resultar acordes al giro profundizador de la Revolución que había tomado Levingston tenía múltiples expresiones. Por ejemplo, el 29 de octubre el Gral. Labanca proponía al proceso peruano como modelo para encontrar la solución a los problemas nacionales, ante un auditorio que incluía a Héctor Sandler, Benito Llambí, el Gral. Eduardo Uriburu y Leopoldo Bravo.<sup>39</sup> Alrededor de un mes antes, el Tte 1º (R) Julián Licastro hablaba en el sindicato de los telefónicos ante un auditorio que incluía a José María Rosa y Juan José Hernández Arregui. Allí dijo que: "Nuestro pecado fue creer que pertenecíamos al Ejército de San Martín, Rosas y Perón y no al de Mitre, Roca y Justo ... No tenemos la llave de los arsenales" -remató- "pero tenemos nuestra bandera que ponemos tras la bandera de guerra de las masas argentinas".<sup>40</sup> A la comida con la que Manuel de Anchorena se proponía festejar la Vuelta de Obligado estaba previsto que asistieran Oscar Alende, Raúl Matera y Rodolfo Ortega Peña.<sup>41</sup> Pero la mayor amplitud del espectro "nacional" puede verse en torno a la aparición del número 1 de *Orden del Sol*, "revista continental de política y economía", entusiasta de las experiencias peruana, boliviana y chilena. Dirigida por un intelectual peronista, Norberto Ceresole, convoca

---

<sup>38</sup> *Análisis*, 8/XIV/70, p. 10.

<sup>39</sup> Cfr. *Análisis*, 3/XI/70, p. 10.

<sup>40</sup> *Análisis*, 13/X/70, p. 11.

<sup>41</sup> *Análisis*, 17/XI/70.

en su comité de redacción a Miguel Gazzera (ideólogo del ala izquierda de las 62 Organizaciones peronistas); Carlos Mastrorilli (nacionalista de izquierda, profesor de sociología militar en la UBA); Osvaldo Dighero (empresario minero vinculado a la ortodoxia peronista); Néstor Vicente (líder de los Equipos Nacionales para el Cambio); Eduardo Astesano (historiador peronista de izquierda); Pablo Bergel (de los Equipos Argentina 70); Rodolfo Galimberti (líder del grupo juvenil peronista JAEN) y Alberto Andrade (democristiano no sueldista). La primera entrega de 7000 ejemplares incluía una nota del Gral. Eduardo Labanca.

El desconcertante escenario de fines de 1970 puede percibirse en esta valorización del peruanismo que congrega a buena parte de los militares y de los civiles. Un modelo político de múltiples usos e interpretaciones que podía servir para reverdecer los laureles de la confluencia con el Ejército (como lo querían sectores del justicialismo y lo proclamaba Licastro), para deshacerse de Perón (como lo buscaba Levingston a través de Alende) o para lograr un desplazamiento político hacia la izquierda (como lo planteará el Encuentro Nacional de los Argentinos).

Sin embargo, estas líneas de acción descuidan la fuerza inerte que representaban los políticos con posibilidades ciertas de triunfar en futuras elecciones: los peronistas y los radicales.

La opción de profundizar la Revolución era para el delegado de Perón una entelequia. "Quienes mandan", dice Paladino, "tienen que entender que el problema del país es político. En la medida en que no se den cuenta, seguiremos avanzando hacia la guerra civil, con la diferencia de que mientras grandes sectores trabajan por la pacificación, el gobierno se empeña en mantener el enfrentamiento".<sup>42</sup> Por otro lado, aseguraba que "los enemigos de 1958 no son los mismos de 1970", y -por si quedaban dudas- agregaba: "El radicalismo del pueblo es una de las fuerzas más importantes del país...". De ninguna manera el peronismo se proponía afectar a los militares: "Queremos evitar el deterioro de las Fuerzas Armadas... porque cuando se unen con el pueblo, la Nación avanza",<sup>43</sup> decía Paladino.

La opinión de Ricardo Balbín era coincidente. Por una parte, por el enfoque de cuál era la salida para los dilemas argentinos: "Nos acusan de padecer simples apetitos electoralistas, cuando lo que exigimos es una etapa previa que permita

---

<sup>42</sup> *Análisis*, 20/X/70, p. 12.

268 | <sup>43</sup> *Análisis*, 13/X/70, p. 13.

reordenar las entidades políticas partidarias y así encarar la única salida que tiene el país, las elecciones". Por otra, por la manera de encarar esa solución política: "Estamos opuestos a la política del acuerdo, al pactismo, pero no a un encuentro de los distintos partidos políticos para echar las bases de la conciliación nacional..."<sup>44</sup>

Tanto los primeros como los segundos preparaban sus huestes para la acción.<sup>45</sup> Simultáneamente, peronistas, radicales, nacionalistas y empresarios firmaban coincidencias mínimas en materia económica en un simposio realizado en el Círculo de Plata. En un reportaje a Roque Carranza, *Análisis* valora la difícil estrategia del radicalismo: "Como siempre les sucede en la oposición, los radicales han ajustado astutamente su juego al giro de la coyuntura: por ello acentúan la posibilidad *nacional* y democrática que pueden ofrecer al país como alternativa de la avalancha populista y a la dictadura derechista".<sup>46</sup>

El acercamiento al peronismo y la renovación propuesta por los sectores juveniles producen en esos días los primeros choques internos con los sectores tradicionales del radicalismo. Arturo Mathov, del distrito capitalino, lanza duras acusaciones especialmente contra Néstor Cáceres (estudiante santafecino, secretario general del Comité de la Juventud) y contra el joven dirigente Leopoldo Moreau: "Cáceres es pro-comunista y Moreau, que colabora con él, es pro-peronista. Todos ellos no representan a la juventud". También se refiere a los militantes adultos: "En la última reunión plenaria del Comité Nacional me opuse a un proyecto del cordobés Becerra, que so color de radicalismo introducía el marxismo colectivista, y también a otro de Alfonsín. De ahí que varios muchachos anden en su línea, como también la revista *Inédito*, con sus planteos filocastristas".<sup>47</sup>

Los peligros de la decisión gubernamental de persistir en la disolución de los partidos y del empeño en formar una agrupación oficialista que se hiciera portavoz de las ideas de la Revolución Argentina son comprendidos por los analistas

---

<sup>44</sup> *Análisis*, 13/X/70, p.14.

<sup>45</sup> El 9 de octubre el Comando Superior se transforma en Consejo Superior Peronista y se hace público el nombre de sus miembros. Encabezado naturalmente por Perón, el cuerpo era integrado también por Isabel Martínez; el mismo Paladino; Fernando Riera (ex gobernador tucumano); Juana Larrauri (ex senadora y conductora en ese momento de la rama femenina); el economista Roberto Ares, Luis Oscar Ratti, Rómulo Constanzo, Eloy Camus (dirigente de San Juan), Julio Romero (de Corrientes); y Adolfo Cavalli (titular de la Federación petroleros del Estado).

<sup>46</sup> *Análisis*, 6/X/70, p. 20.

<sup>47</sup> *Análisis*, 27/X/70, p. 12.

políticos. Osiris Troiani decía: "La decisión del Gobierno... es clara y valiente. Pero no necesariamente acertada. Echa a Paladino en brazos de Balbín; el temor a la dispersión afianza el personalismo, y la juventud responde con ímpetu creciente a la convocatoria para la violencia de derecha e izquierda. En cuatro o cinco años, nadie puede saber en qué devendrá el que fue en 1945 partido de la esperanza; acaso, el de la desesperación".<sup>48</sup>

### **6. Un camino para dos. Lanusse y La Hora del Pueblo.**

A mediados de noviembre, se concretó un paso decisivo en el nuevo escenario político. Luego de diversos contactos articulados por Arturo Mor Roig y Jorge Daniel Paladino, el 10 de noviembre, Ricardo Balbín y Enrique Vanoli (UCRP), Paladino y Benito Llambí (PJ), Horacio Thedy (PDP), Jorge Selser (PSA), Leopoldo Bravo (Partido Bloquista) y Manuel Rawson Paz (independiente aramburista) acuerdan el documento que todos firmarán al día siguiente, conformando La Hora del Pueblo. El 11 la multipartidaria queda formalmente constituida con la participación de la UCRP, el Movimiento Justicialista, el Socialismo Argentino, el Partido Bloquista, el Conservador Popular y el Demócrata Progresista.<sup>49</sup> En el punto cuatro del documento fundacional, los aliados declaraban:

"No hay mejor forma de expresión y decisión política que la manifestada a través de sus órganos naturales y específicos: los partidos políticos ... La futura organización democrática de los sectores y movimientos debe encuadrarse en normas orgánicas, asegurando el poder de decisión de los ciudadanos que voluntariamente se integren en ellos. Para alcanzar ese objetivo es necesario una ley o estatuto que debe ser estudiado, armonizado y realizado consultando la opinión pública nacional. Debe formularse de inmediato y señalarse fecha cierta de elecciones generales en todo el país, para que el pueblo elija a sus gobernantes en un plazo mínimo, previsto razonablemente para apurar las etapas físicas previas

---

<sup>48</sup> TROIANI, Osiris, "Perón en el Delta". *Primera Plana*, 20/X/70, p. 19.

<sup>49</sup> Quienes suscribirán formalmente el documento fueron Juan Carlos Rubinstein y Elena Gil (socialistas), Roberto Ares, Luis Oscar Ratti y Juanita Larrauri (peronistas), Ricardo Molinas (demócrata progresista), Fermin Garay, Aldo Tesio y Luis León (radicales del pueblo) y Vicente Solano Lima (conservador popular), además de los ya citados Paladino, Balbín, Rawson Paz, Bravo y Selser.

al veredicto popular".<sup>50</sup>

Lanusse comenta al respecto:

«Estábamos ante un hecho nuevo. Por lo demás, era evidente que la mayoría de los ciudadanos estaban perfecta o imperfectamente representados por ese cónclave... Se podía argumentar que muchos argentinos seguían siendo peronistas o radicales a falta de algo nuevo y mejor, pero allí estaba la madre del borrego: en cuatro años, con esa oportunidad por delante, no habíamos sabido hacer nada nuevo y mejor. Perón y Balbín, salvando todas las diferencias, no constituían las realidades más atractivas para las Fuerzas Armadas pero sin duda tenían mayor margen de popularidad que éstas».<sup>51</sup>

De hecho, el plan coincidía con las propuestas que el Ejército sostenía ante Levingston. Dos días antes de la declaración de La Hora del Pueblo, Lanusse se había reunido con Balbín a instancias de José Luis Cantilo (primo del Comandante del Ejército, ex ministro de Defensa e influyente afiliado radical) y quedan pocas dudas de que los dirigentes peronistas y radicales llegaron a alguna forma de acuerdo con el Comandante del Ejército.<sup>52</sup> La prensa de la época avala esta suposición con sobreentendidos. Un ejemplo lo brinda *Panorama*. En su crónica sobre la firma del acuerdo, la revista narra que el 10 por la noche los políticos habían acordado todos los puntos del documento, cuando llega el General Labayrú:

“¿Cómo van las cosas?’, preguntó el mentor intelectual del coloradismo castrense. ‘Quédese tranquilo que esta tarde firman todos’ contestó Rawson Paz. Labayrú se tranquilizó, comió con moderación mientras confesaba su optimismo acerca del futuro argentino, y ya en el café, sin comprometer opiniones políticas, recordó con cariño a un militar que

---

<sup>50</sup> *Panorama*, 17/XI/70, p. 11.

<sup>51</sup> LANUSSE, A., ob. cit., p.175.

<sup>52</sup> Cfr. O'DONNELL, Guillermo, *El Estado Burocrático Autoritario.*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982, p. 325. Potash consigna detalladamente los contactos entre radicales y militares pero no está seguro de que Lanusse estuviera completamente de acuerdo con los términos de la declaración. Cfr. Potash, R., ob. cit., pp.199-201.

años atrás había sido su subordinado, Alejandro Agustín Lanusse”.<sup>53</sup>

Las declaraciones de los firmantes estuvieron entre la moderación y la vehemencia. Rawson Paz dijo “Los amigos del General Aramburu prometimos en su sepelio levantar en alto sus banderas de pacificación . Este acto es el mejor homenaje que le rendimos.”

La opinión de los dos socios principales estaba condicionada por cómo sería tomado el acuerdo al interior de sus propias fuerzas. Paladino, cada vez más acorralado, intentó congraciarse con su izquierda: “Como argentino y como representante del Movimiento Nacional Justicialista denuncio a los intereses antinacionales que nos entretuvieron en la lucha interna ... Al enemigo que es para nosotros el imperialismo yanqui, como para otros lo es el imperialismo soviético ... Si no nos escuchan no vamos a quedarnos cruzados de brazos.” Balbín, por su parte, fue parco: “La nación está cansada que el gobierno no acierte y que por eso puedan llegar a producirse hechos dramáticos. Nosotros con este acuerdo estamos en condiciones de pacificar el país”.<sup>54</sup>

La moderación de Balbín tenía que ver con las consecuencias que el acuerdo seguramente tendría en la interna de su partido y en el cuestionamiento a su prolongado liderazgo de la UCRP en que resultaría la disputa. La voz cantante de las críticas la llevó Silvano Santander, un anciano ex diputado de los tiempos del peronismo (cuando tuvo que terminar exiliándose) y ex embajador en México durante el gobierno de Illia. Santander entendía que el radicalismo no era más que el furgón de cola en este pacto y decía: “No se puede concebir que tengamos coincidencias con Perón ni con sus seguidores, ya que todos son una misma cosa. Representan casi la ruina de la Nación junto con el avasallamiento de toda ética y moral política”.<sup>55</sup> Un puñado de afiliados avalaba esta crítica (entre ellos Eduardo Sanmartino), pero su excesiva vehemencia aisló a Santander de sectores representativos del partido que -como Nerio Rojas o Arturo Mathov- coincidían con la objeción a la entente con el peronismo pero que no querían desatar por esa causa una guerra interna.

Balbín, por su parte, tranquiliza los ánimos: “La intención está muy lejos de aspirar a la constitución de un frente o acuerdo electoral. Es el antifrente, pues todos mantienen sus individualidades partidarias.” Para él, La Hora del Pueblo era

---

<sup>53</sup> *Panorama*, 17/XI/70, p.10.

<sup>54</sup> *Panorama*, 17/XI/70, p. 12.

272 | <sup>55</sup> *Análisis*, 8/XI/70, p. 14.

simplemente "...el abuenamiento de viejos adversarios políticos para beneficio de las instituciones y la tranquilidad de todos".<sup>56</sup> Raúl Alfonsín, quien era considerado por ese entonces como el delfín del dirigente platense, hace una caracterización más combativa de La Hora del Pueblo en la revista *Inédito*. Allí, luego de fustigar a la prensa de derecha que quería transformar al acuerdo en un pacto espurio, afirma que de lo que se trata es de conseguir "...la unidad del pueblo en procura de objetivos de liberación, que es de lo que se trata en el documento: democracia y emancipación. Reclamo de institucionalización del país y compromiso de trabajar para su liberación..."<sup>57</sup>

*Panorama* hace una rápida consulta a algunos políticos que no participaron de La Hora... El nacionalista Marcelo Sánchez Sorondo es quien le da mayor trascendencia (...manifiesta... el unánime reclamo del país y anuncia una etapa de madurez en la unidad.), el radical heterodoxo Alberto Asfés considera que debiera diluir los fines electoralistas de sus integrantes e incluir a todos aquellos que estuvieran de acuerdo en un programa común, Álvaro Alsogaray lo evaluó como positivo porque "parece coincidir con nuestro punto de vista" aunque pone en duda el programa que resulte de fuerzas tan heterogéneas y el conservador Gozález Bergez opinaba que no servía para nada porque "...la insinceridad no conduce a ninguna parte..." Quien da la definición más colorida es Oscar Alende: "La alianza consumada el miércoles" - dice - "es un ejemplo de la *política del colectivo*: los que lo toman lo hacen para llegar lo más pronto posible a lugares distintos".<sup>58</sup>

También se escandalizan con La Hora del Pueblo los sectores ortodoxos de los simpatizantes de la Revolución Libertadora que respondían al liderazgo del Alte. Rojas. Emiten un documento firmado, entre otros, por el Contraalmirante Sánchez Sañudo, el general Federico Toranzo Montero y Manuel del Río (embajador en el Vaticano en tiempos de la Libertadora). Allí diagnosticaban que la crisis era consecuencia del "auge de las fuerzas disociadoras" que tenían su centro en "Moscú, Pekín o la Puerta de Hierro".<sup>59</sup> Buscando que sus opiniones tuvieran mayor peso, intentan acercamientos con otros grupos políticos (especialmente los

---

<sup>56</sup> *Ibidem*.

<sup>57</sup> CARRIDO LURA, Alfonso (Raúl Alfonsín), "Dos respuestas" (diciembre de 1970), en *"Inédito". Una batalla contra la dictadura*. Bs. As., Legasa, 1986, pp. 233-235.

<sup>58</sup> *Panorama*, 17/XI/70, p. 11.

<sup>59</sup> Cfr. *Análisis*, 22/XII/70, p. 15.

descontentos de la UCRP liderados por Santander), sin mayor éxito. Sin embargo, entre las mil quinientas firmas que figuraban al pie del documento aparecían algunos nombres destacables, como el popular humorista Aldo Cammarota y el decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, Ricardo Caillet Bois.

### **7. La otra multipartidaria: el Encuentro Nacional de los Argentinos.**

La Hora del Pueblo no fue el único acuerdo concretado a fines del 70 para nuclear a hombres que habían militado desde distintas perspectivas ideológicas. El 21 de noviembre se formalizó en Rosario el Encuentro Nacional de los Argentinos. La iniciativa había sido notoriamente promovida por el Partido Comunista y en el semanario *Nuestra palabra* se había afirmado que: "De su éxito depende que se dé una alternativa de poder democrático, popular, nacional. Es hora de terminar con las viejas opciones y con los golpes y contragolpes de Estado."<sup>60</sup>

En la comisión organizadora se mezclaban peronistas (Raúl Bustos Fierro, Enrique Carballeda y Jesús Porto); radicales (Roberto Cabiche, Conrado Storani, Aldo Tessio) y comunistas (Héctor Agosti, Rubens Íscaro y Moisés Chernavsky). También la integraban algunos independientes como Samuel Yasky (antiguo colaborador de Lisandro de la Torre), Francisco Cholvis (rector de la UBA durante el peronismo) y Risieri Frondizi (ex rector de la UBA, una vez restaurada la universidad reformista). Algunas de las características que tendrá el nuevo acuerdo quedan claramente definidas por Porto. La reunión a realizarse en Rosario sería "...un episodio similar al ocurrido en Chile con la Unidad Popular, esto es la unión de partidos y tendencias populares", aunque aclaraba que "no se crea un nuevo partido sino una alternativa de poder real, electoral o no, que pueda decidir una convocatoria para reformar la Constitución." Porto también señalaba una diferencia importante con la Hora del Pueblo: "No hemos pedido por otra parte adhesiones a los partidos, sino que han existido adhesiones personales." También subrayaba que no coincidían en los métodos, ya que no descartaba que se produjera una salida militar a la peruana: "Lo fundamental -decía- es el pueblo en el poder. No importa la vía".<sup>61</sup> En realidad, las principales figuras que integraban el ENA no se pronunciaban en contra de los uniformados. Consultado sobre si era antimilitarista, Rodolfo Ghioldi contesta: "Usted parece confundirme con un dirigente pequeño burgués, de esos que se ponen colorados gritando que los militares vuelvan a los

cuarteles. Recuerde que el Ejército Rojo se formó con 100 mil oficiales zaristas y advierta el potencial que hoy muestra al mundo. Por otra parte, los militares argentinos tienen a quienes imitar: Ricchieri, Mosconi y Carlos Jorge Rosas...<sup>62</sup>

Esta posición y la contrapartida de una evidente prescindencia del gobierno en la preparación del cónclave de Rosario, pese a la prohibición legal que recaía sobre el Partido Comunista, evidente organizador del evento, hace pensar que se trataba de "...un acto inteligente de la conducción política, destinado a vertebrar un flanco ideológico que podría ser ocupado por fracciones extremistas".<sup>63</sup> También podría pensarse que la complacencia del gobierno tuvo por objeto no debilitar a este conglomerado destinado a competir con La Hora del Pueblo y que resultaba más afín (paradójicamente) con las ideas que había expresado Levingston.

La reunión fue ampliamente promovida en todo el país y finalmente se realiza el 21 de noviembre. A las 8 de ese día comenzaron a llegar al camping del Centro de Almaceneros (a unos 7 kilómetros de la estación), las personas que entre seis y siete mil (según las estimaciones) participaron de la reunión. La convocatoria no tuvo carácter público sino que se trató de una asamblea deliberativa donde sólo participaron las delegaciones que previamente habían comprometido su asistencia. La lista de oradores llegó a soportar doscientos nombres. Entre ellos, el socialista Juan Carlos Coral; el demoprogresista Ricardo Molinas; los radicales Olegario Becerra (ex diputado nacional), Aldo Tessio (ex gobernador de Santa Fe con Illia), Roberto Cabiche (ex director de Abastecimiento), Conrado Storani (ex secretario de Energía durante el mismo período) y Lázaro Barbieri (ex gobernador de Tucumán); al intelectual peronista Francisco Cholvis; a sindicalistas combativos como Agustín Tosco (Luz y Fuerza de Córdoba) y Antonio Alac (ex dirigente del Chocón); a sacerdotes como Juan Amiratti (presbítero de Cañada de Gómez); a los inquilinos de Luis de Palma y a gran cantidad de estudiantes y amas de casa.

En su discurso, el comunista Héctor Agosti aludió a La Hora del Pueblo cuando dijo que la unidad que se reclamaba "no es, sin embargo, un mero acuerdo de dirigentes, es sí acuerdo de hombres que tienen representatividad adquirida y probada en largas luchas".<sup>64</sup>

Pero el tono del encuentro estuvo, dice *Panorama*, más en los estribillos

---

<sup>61</sup> *Análisis*, 17/XI/70, p. 18.

<sup>62</sup> *Panorama*, 1º/XII/70, p.15

<sup>63</sup> "No perder el tiempo", editorial de F. Morduchowicz en *Análisis*, 1º/XII/70, p. 7.

<sup>64</sup> *Análisis*, 1º/XII/70, p. 20.

que se coreaban que en los discursos mismos: "El pueblo unido / jamás será vencido"; "Unidad, unidad"; "Chile es el camino / del pueblo argentino" acompañó las palabras de Alberto Duarte, delegado de la Confederación Única de Trabajadores trasandina; Los universitarios especialmente cantaban "Reforma, laicismo / antiimperialismo" y "Autonomía, autonomía". Pese a los abucheos y epítetos que recibían los militares que eran mencionados en los discursos, la revista dice que dos generales se vieron libres de esa condena: Perón y Lanusse.<sup>65</sup>

El 15 de diciembre el ENA dio a conocer la Junta Ejecutiva de su Congreso Nacional. La integraban Jesús Porto, Raúl Bustos Fierro, Héctor Agosti, Ricardo Molinas, Aldo Tessio y Risieri Frondizi. Roberto Cabiche ejercería la secretaría general. Simultáneamente se difundieron las bases programáticas mínimas que en lo económico proponían la nacionalización de los sectores básicos de la economía (energía, transporte, combustible), la estatización de la banca y de las compañías de seguros y defender las compañías de capital nacional.<sup>66</sup>

¿Cuál era la diferencia entre La Hora del Pueblo y el ENA? Esta era una pregunta que no estuvo ausente del acto del 21 de noviembre en Rosario y que no resultaba fácil de responder, aún para quienes participaban de los dos cónclaves como el radical Aldo Tessio, "No son excluyentes; uno - decía Tessio - se limita al pedido de elecciones, éste (el ENA) en cambio va más allá, hacia la transformación del país". El socialista Héctor Polino, también presente, fue sintético refiriéndose a La Hora del Pueblo: "El acuerdo es una barbaridad".<sup>67</sup> El PC parecía creer que el ENA se serviría de La Hora... porque las alas izquierdas del radicalismo y del peronismo en poco tiempo se desengañarían del pacto de los dirigentes de los partidos y se volcarían al Encuentro. En otras palabras, se enfrentarían al acuerdo *por arriba* y se trasvasarían al ENA *por abajo*.<sup>68</sup>

### **8. Cuenta regresiva: Lanusse y el poder efectivo.**

La iniciativa de Levingston se agotó rápidamente y su declinación se percibe fácilmente cuando visita Neuquén, escenario de la obra emblemática de la Revolución Argentina: la represa Chocón-Cerros Colorados. En la capital, el

---

<sup>65</sup> *Panorama*, 1º/XII/70, p. 14.

<sup>66</sup> Cfr. *Análisis*, 22/XII/70, p. 16.

<sup>67</sup> *Panorama*, 1º/XII/70, p. 14.

276 | <sup>68</sup> *Análisis*, 22/XII/70, p. 16.

governador Felipe Sapag (un neoperonista que representaba, a su vez, la tibia apertura del gobierno) se había preparado para que la visita presidencial tuviera buenos resultados. Sin embargo estos propósitos fracasan. Por una parte, por las reacciones de los sectores "duros" de las 62 Organizaciones y los sindicalistas de la MUCS, que declaran a Levingston persona *non grata*. Por otra, por la manifestación de los estudiantes de la universidad local, que reclamaban el paso de la casa de altos estudios a la esfera nacional y que se le asignaran fondos federales. Esta última circunstancia empuja al Presidente al ridículo, como consecuencia de una tendencia a exponerse en demasía que le reprochaban sus asesores. Al ver a los jóvenes frente a la Catedral se detuvo para hablar con ellos, pero los estudiantes desairaron al general negándose al diálogo y dándole la espalda. Las fotografías de un Levingston de pie ignorado por los manifestantes sentados, aparecieron en todas las publicaciones periódicas.

Pero más allá de esa anécdota, el discurso que el Presidente pronuncia en esta visita evapora las esperanzas de una "salida institucional" cercana y señala el comienzo del deterioro generalizado de la figura presidencial. Según Potash, aunque es difícil determinar el punto de su definitivo alejamiento de Lanusse, es muy probable que este se encuentre en el discurso de Neuquén. Allí Levingston declara que: "El plan político se integrará dentro de un plan general del gobierno, articulándose en el contexto socio - económico nacional. Debe tenerse en cuenta que para concretar la salida institucional será menester haber afianzado los objetivos revolucionarios de junio de 1966. Por eso nadie debe llamarse a engaño; puesto que el proceso no es todavía corto: la convocatoria electoral al pueblo argentino será la culminación de una etapa en la que todos habrán intervenido activamente".<sup>69</sup> El resultado de que esto se lograra no podía ser más quimérico: "La concreción de los objetivos económico - sociales de la Revolución Argentina representará sin duda, la pérdida masiva de las posibilidades de la vieja política y la desaparición de aquellos dirigentes responsables de las sistemáticas crisis políticas argentinas".<sup>70</sup> Como apunta *Análisis*: "...el incremento del producto bruto superará a Perón, disolverá al radicalismo, dispersará a la izquierda".<sup>71</sup> Para el presidente, la ciudadanía estaba integrada por "una mayoría silenciosa y desorientada" manipulada por "el accionar de ciertos sectores sindicales que no han interpretado

---

<sup>69</sup> *Panorama*, 8/XII/70, p. 9.

<sup>70</sup> *Análisis* Nº508, 8/XII/70, p. 8.

<sup>71</sup> *Ibíd.*

la política pacificatoria de la Revolución Argentina". La Hora del Pueblo no significaba más que un acuerdo de dirigentes empecinados en las viejas políticas que el gobierno militar había venido a desterrar. Lo que se necesitaba era un "clima de orden y tolerancia" de cuatro o cinco años. La modernización de la estructura institucional permitiría la vuelta de la actividad política y el diálogo con aquellos que ejercieran "una crítica constructiva" (en un deslizamiento de la teoría de distinguir entre "enemigos" y "adversarios"). La llave maestra para superar todos los obstáculos que se interponían al éxito de la Revolución Argentina, dice el presidente, era "la mística revolucionaria".

La propuesta presidencial, que no podía calificarse de un diagnóstico de situación realista, sintetizaba una idea compartida por el gobierno con algunos sectores políticos: que antes de cualquier intento de llamado a elecciones debían mediar varios años, los suficientes para poder formar un partido político que heredara el ideario de la Revolución Argentina y, tal vez, el necesario para que el problema que suponía la persona de Perón se solucionara "naturalmente".

La impresión que produce la postergación *sine die* de unas elecciones que parecían cercanas es sintetizada en *Primera Plana*: "Un amplio espectro, de izquierda a derecha, recogió con unanimidad, casi plebiscitaria, las opiniones más negativas que se hayan registrado en esta tautológica nueva etapa de la Revolución Argentina. Tanto a los espíritus acuciados por el electoralismo, como a los descreídos del comicio, a los afanosos de la 'revolución en la revolución', como a los exigentes de una salida inmediata, el discurso les resultó una irritación casi postrera".<sup>72</sup> *Panorama*, por su parte, analizaba la factibilidad de la apuesta del Presidente: "¿Qué tiempo le reserva la Historia a este gobierno para continuar alejado de la política y diferir el pronunciamiento popular? Depende de un tercer elemento: la violencia de la protesta, cuyos líderes moderados parecen desaparecer todos los días: como lo muestra la crónica diaria, por agitadores con dedicación 'full time'".<sup>73</sup>

Los políticos no fueron piadosos con el discurso. Salvo Oscar Alende, que aún mantenía intenciones de formar un movimiento capaz de lograr la bendición de Levingston: "los anuncios... son positivos en cuanto reconocen que el pueblo está en una situación general de tensión por la falta de una verdadera imagen revolucionaria". Candorosamente agregaba: "...el gobierno debe aplicar medidas tan enérgicas y rotundas como las que se adoptaron en el primer ciclo de la

---

<sup>72</sup> *Primera Plana*, 15/XII/70, p.14.

278 | <sup>73</sup> *Panorama*, 8/XII/70, p. 9.

Revolución Argentina en favor del imperialismo internacional del dinero” pero ahora con el sentido de profundizar la revolución y promover cambios económico-sociales. Los demás son lapidarios. Salvador Busacca (del Movimiento de la Democracia Cristiana) dice que hablar de “...cambios estructurales que no se visualizan ni en el documento ni en el accionar del gobierno no pasa de ser una *guitarreada...*”; para el desarrollista Marcos Merchensky “...el plan político no pasa de ser un truco para ganar tiempo...”; el conservador González Bergez afirma que “De nuevo no hay nada”; el nacionalista Marcelo Sánchez Sorondo que “...es imposible dentro del ámbito de la Revolución Argentina parir la Revolución Nacional. Hay que crear una nueva línea de oposición civil”; para Horacio Sueldo (de la Democracia Cristiana Argentina) “El discurso de Levingston es una proclama infatuada y belicosa, tiene una sola respuesta: seguir la lucha por la autodeterminación nacional”; para el peronista Rodolfo Tecera del Franco, la idea de profundizar la revolución para luego encarar la salida política era “poner el caballo detrás del carro. Los políticos enrolados en la Hora del Pueblo son concluyentes. El socialista Jorge Selser es irónico: “El Presidente electo por los comandantes intentó demostrar que los dirigentes políticos están separados de las masas, que los estudiantes son agitadores y que los sindicatos obreros están infiltrados por los políticos. Es decir, que todo anda mal, menos la clara mente de nuestros gobernantes que llevan cuatro años y medio pensando en un plan político que no alcanzan a balbucear”. Enrique Vanoli, secretario de Balbín, le reprocha al presidente su falta de sentido de la realidad y profetiza: “Así, el país está sobre un abismo, porque los hechos de violencia van *in crescendo* y son cada vez más espectaculares y atrevidos. La opción es clara: o institucionalizamos el país o la subversión no será de unos pocos sino de la mayoría”. En forma institucional, La Hora del Pueblo emite un documento apelando en forma aún más clara al público decisivo para el desplazamiento de Levingston: “Pieza deplorable en verdad que compendia actitudes agraviantes con lamentable olvido de la jerarquía que tiene asumida, en nombre de las Fuerzas Armadas exclusivamente quien las pronunció”. En apelación directa a las opiniones militares el documento dice: “Se gobierna en su nombre (el de las tres Armas) y se invoca su representación. Luego, quiérase o no, las culpas de los usurpadores recaen sobre las mismas Fuerzas Armadas”.<sup>74</sup>

Lanusse, toma iniciativas de dos tipos. Por una parte, aprovecha el recambio de mandos para incrementar la presencia de jefes adictos en los cuerpos de Ejército

---

<sup>74</sup> *Análisis*, 15/XII/70, pp. 10-12.

clave: los generales Juan Carlos Sánchez y Alcides López Aufranc ocupan a fines de noviembre el Comando II de Rosario y el III de Córdoba. Este último, al asumir el nuevo cargo, dice: "Que el Ejército no va a permitir el desorden y que saldrá a reponer el orden cada vez que sea necesario".<sup>75</sup> La presencia de López Aufranc es fundamental en la estrategia de Lanusse: el III Cuerpo de Ejército cubría las fronteras con Bolivia y con el segmento fundamental de las de Chile. Además, tenía a su cargo a las conflictivas provincias de Córdoba, Tucumán y Catamarca. Por acción o por omisión, lo que ocurriera en estos territorios tendría una repercusión política de trascendental importancia. De hecho, cuando las revueltas del Viborazo son ignoradas por López Aufranc en acuerdo con Lanusse, Levingston se desmorona. Por otra parte, dentro de la Fuerza se consideraba que de esta manera el Tercer Cuerpo de Ejército volvía a los mandos naturales, ya que el Gral Jorge Raúl Carcagno se perfilaba como una especie de caudillo populista cuya imagen había estado por encima de sus superiores, los generales Sánchez Lahoz y Giró Tapper. Como señala *Primera Plana*, "Carcagno, con sus inclinaciones populistas, a juicio de varios observadores habría alterado la cohesión de los mandos naturales del arma, facilitando un torrente de conjeturas no del todo fundadas".<sup>76</sup> De esta manera, se interpretaba que el Comandante en Jefe recluía a Carcagno en las oficinas del Estado Mayor Conjunto y esterilizaba su posible liderazgo sobre los mandos medios.

Habiendo aumentado su control personal de los sectores clave del Arma, Lanusse presiona políticamente al Presidente. El mismo día que asume López Aufranc, dice en Córdoba a la prensa que: "El señor presidente ha requerido una colaboración de los comandantes en jefe para que le hiciéramos llegar nuestras ideas sobre el plan político, cosa que el Comando en Jefe del Ejército hace algunos días ha cumplido".<sup>77</sup>

El plan trascendió profusamente en la prensa: reforma de la Constitución, redacción de un estatuto de los partidos políticos y unificación en cuatro años de los mandatos del Presidente y de los diputados y senadores que se eligieran. Esta última medida como forma de garantizar la estabilidad, merece un comentario

---

<sup>75</sup> *Primera Plana*, 1º/XII/70, p. 9.

<sup>76</sup> *Primera Plana*, 1º/XII/70, p. 9. El populismo de Carcagno no se desmiente cuando asume su nuevo destino como segundo jefe del Estado Mayor Conjunto. En esa circunstancia, define como propósito fundamental de su nuevo destino "Asegurar por todos los medios la unidad indestructible entre las Fuerzas Armadas y entre éstas y el pueblo que las nutre." Cfr. *Análisis*, 1º/XII/70, p. 10.

280 | <sup>77</sup> *Análisis*, 1º/XII/70, p. 10.

irónico en *Panorama*: "...si el prestigio del país queda reducido a la estabilidad de sus funcionarios, sería prudente que los tecnócratas aconsejaran limitar los períodos gubernativos a no más de seis meses; de pronto, la Argentina se transformaría en un paraíso de hombres serios, trabajadores y honestos".<sup>78</sup> Lo más importante lo deja trascender *Clarín*: el Ejército no aceptaba la formación de un partido oficialista.<sup>79</sup>

Las líneas fundamentales de este plan muestran el inicio de la relación política que sería fundamental en los meses siguientes: la del Comandante en Jefe con Arturo Mor Roig, quien había presentado a Lanusse el plan que sirvió de base a la propuesta del Ejército.<sup>80</sup> Pero este pronunciamiento tiene la consecuencia adicional de obligar a las demás Armas a fijar posición sobre el problema. El Ejército contaba con un área especializada en el tema político (la Jefatura Política del Estado Mayor) y contactos estrechos con dirigentes radicales que le permitían tomar la delantera en la propuesta de soluciones ante las demás fuerzas. La Aeronáutica y la Armada, en cambio, no tenían trabajos previos y se vieron en la necesidad de improvisar obligadas por la iniciativa del Ejército. El resultado fue el acercamiento a las posiciones que Lanusse promovía vigorosamente. Los aviadores, especialmente, se encontraban preocupados por el creciente descrédito de los militares. La necesidad de detener la valoración negativa de la opinión pública, más que las cuestiones doctrinarias, los empujan a aceptar las posiciones del Ejército.<sup>81</sup>

Por otra parte, el Gobierno se ve obligado a aceptar las sugerencias enviadas por Lanusse pero relativizándolas diciendo que es una más de las propuestas que tiene a consideración. Pero la difusión de los otros planes no hace más que fortalecer la razonabilidad de la propuesta del Ejército.<sup>82</sup>

### **9. El principio del fin o el fin del principio. Un balance provisorio.**

Hacia fines de 1970 había muchas coincidencias aparentes y mucha confusión por debajo. Todos los políticos querían o decían querer una apertura

---

<sup>78</sup> *Panorama*, 1º/XII/70, p. 8.

<sup>79</sup> *Primera Plana*, 1º/XII/70, p. 14.

<sup>80</sup> Cfr. POTASH, R., *ob. cit.*, p. 216.

<sup>81</sup> Cfr. "¿Comienza el deterioro?", en *Primera Plana*, 15/XII/70, pp. 14-15.

<sup>82</sup> Una síntesis de la cincuentena de planes que estaban a la consideración del Ministerio del Interior los reducía a variantes de las siguientes ideas básicas: Primer Ministro y Gabinete; elecciones con postas desde ediles hasta presidente; competencia de sólo dos fuerzas políticas; libre elección para todo menos para presidente. Cfr. *Primera Plana*, 1º/XII/70, p. 16.

pero la mayoría no podía precisar qué reclamaba. Los pequeños partidos presentaban propuestas más o menos razonables, condicionados (entre otras cosas) por sus posibilidades de conseguir alguna porción de poder en las próximas elecciones que preveían dominadas por el peronismo y la UCRP; Paladino sabía que le convenían las elecciones, pero enfatizaba su reciente vocación antiimperialista; los radicales siempre valoraron el sufragio, pero cuando defendía a La Hora del Pueblo, Alfonsín subrayaba que además de elecciones se buscaba la "liberación". Por otra parte, muchos estaban contra el gobierno militar pero no eran antimilitaristas. Alende afirma que sin la confluencia de los civiles con las Fuerzas Armadas no habría Revolución; Américo Ghioldi se ofende cuando se lo confunde con "un político pequeño burgués enemigo de los militares".

Por otra parte, un difuso discurso de izquierda gana a sectores hasta poco antes ubicados en posiciones más de centro. Néstor Vicente y Pablo Bergel habían concurrido al llamado del gobierno representando a sus respectivas "corrientes de opinión". Pocos días después, Vicente postulaba "...una revolución con contenido social, que modifique las estructuras de producción" y decía: "No hay que tenerle miedo a la violencia, pero solamente cuando tengamos un modelo alternativo de cambio y dentro del movimiento nacional, y las demás instancias cerradas será lícito aplicarla". Bergel, mientras, propugnaba "...un estado nacional - revolucionario, socialista y cristiano".<sup>83</sup> Por su parte, en una reunión para explicar la propuesta de La Hora del Pueblo en Córdoba con políticos peronistas, demócratas progresistas y de su propio partido, el radical Carlos Becerra resumía de esta forma su pensamiento sobre el momento: "Es necesario que todos los hombres y todas las corrientes políticas se comprometan a respetar las garantías individuales, recuperar el patrimonio nacional, dar la tierra a quien la trabaja, tender a una dirección económica por parte del Estado, a una lucha antiimperialista de liberación".<sup>84</sup>

En este sentido, tal vez ningún discurso sea más representativo que el de Miguel Gazzera, el combativo dirigente fideero de las 62 Organizaciones en el cierre de un encuentro de juventudes en el Gran Buenos Aires: "En este país no hay lugar para el centro, para la moderación... La revolución debe ser socialista, si no no es revolución. No me importan los calificativos que me apliquen por esto, lo que no quiero es ser de derecha".<sup>85</sup>

---

<sup>83</sup> *Análisis*, 17/XI/70, p. 18.

<sup>84</sup> *Primera Plana*, 29/XIV/70, p. 20.

<sup>85</sup> *Análisis*, 17/XI/70, p. 18.

A pesar de esas expresiones, estos hombres podían considerarse moderados en la incipiente actividad política argentina. ¿Qué había ocurrido? El surgimiento de nuevos modelos políticos que habían desplazado la discusión: ser moderado era ser de centroizquierda. Una prueba de ese cambio puede encontrarse en los viajes que emprende Lanusse, ya como presidente, a fines del 71 y principios del 72 a Chile y Perú. Al respecto, opina Rouquié: "Al encontrarse con el presidente Salvador Allende y al acercarse al régimen 'nacionalista revolucionario' de Lima, el general Lanusse intenta borrar su imagen de general conservador".<sup>86</sup> Quienes estaban en desacuerdo con estos regímenes se veían obligados a opinar en contra. Un ejemplo de ello lo da el ultranacionalista y derechista Cnel. Guevara<sup>87</sup> cuando afirma con ironía que "Si Perón no regresa a la Argentina nuestro país será el próximo en allendizarse *democráticamente*".<sup>88</sup>

Se producía, entonces, un fenómeno particular: podía pensarse *a favor o en contra* de las experiencias chilena o peruana. Lo que no se podía era pensar *sin* ellas. Quien reflexionara políticamente, especialmente desde los sectores moderados, debía tenerlas en cuenta de la misma forma que los guerrilleros tenían presente a Cuba. El eje político se había desplazado a la izquierda.

Sin embargo, a esta altura algo podía considerarse como lo más probable: la conjunción de la cúpula del Ejército y de La Hora del Pueblo iba a terminar

---

<sup>86</sup> ROUQUIÉ, Alain, "El año de Perón" en *Autoritarismos y democracia*. Bs. As., Edicial., 1994, p. 149.

<sup>87</sup> Juan Francisco Guevara participó en la Revolución Libertadora y se le atribuyó una gran influencia en el grupo nacionalista que rodeó a Lonardi durante su gobierno. Posteriormente formó parte del grupo católico integrista encabezado por el presbítero francés Georges Grasset y escribió el prólogo de la edición argentina de la más importante obra de otro "teólogo de la reacción" Jean Ousset. El libro de Ousset, titulado *El marxismo - leninismo*, declaraba el carácter diabólico de Marx, de Lenin y de cualquier planteamiento socialdemócrata o, aún, simplemente democrático. Guevara formó parte de la gestación del golpe de estado contra Illia. Onganía lo nombra embajador en Colombia y Levingston lo envía a Venezuela como nuevo destino diplomático. A mediados de 1970 publica *Argentina y su sombra*, una interpretación corporativista de la historia argentina, marcada también por su integrista católico, que se convierte en un inesperado 'best seller'. En diciembre, el Coronel se pronuncia en contra de la posibilidad de una salida política, de una vuelta a la Constitución de 1853 y de los puntos de vista de Lanusse, lo que fue ampliamente difundido por la prensa oficial. El General considera en sus memorias que esa actuación de Guevara fue una operación de inteligencia en su contra.

<sup>88</sup> *Primera Plana*, 1º/XII/70, p. 19.

empujando a una salida electoral basada en la restauración de los viejos partidos y no en la dirección de un régimen militar a lo Velazco Alvarado. Lanusse comprende lo que no ha entendido Levingston: la muerte del -como lo llama O'Donnell- Estado Burocrático Autoritario. Esa transformación entrañaba para este autor dos consecuencias:

“La primera, la reaparición de actores políticos portadores de características, medios y metas muy diferentes a los que monopolizaron la escena durante el Estado Burocrático Autoritario. Estos actores no son sólo los partidos políticos, aunque ellos pasen a ocupar el papel fundamental... Son también una gran variedad de organizaciones de la sociedad civil –entre otros, asociaciones barriales, organizaciones de la iglesia, asociaciones de profesionales, movimientos regionales y, en el caso que nos ocupa, también la guerrilla. La segunda consecuencia se desprende de lo recién dicho. Esto es, un enorme ensanchamiento de la escena política que, sin dejar de abarcar el aparato estatal, se instala en numerosos ámbitos de la sociedad civil”.<sup>89</sup>

En este escenario, “profundizar la revolución” era un esfuerzo inútil. El propósito de Lanusse consiste en asumir la reaparición de lo político, aceptar (como se verá después) la legalidad del peronismo, promover una puja electoral donde se le ganara y aislar a la guerrilla, promoviendo el protagonismo de los sectores moderados que tendían a verse superados por los más exaltados.

Este proyecto parece entonces viable. “El error de Aramburu, Frondizi, Guido, Illia y Onganía -un mismo error bajo distintas formas- no es haber gobernado contra el partido más numeroso, sino haber gobernado gracias a su proscripción y pactado con él”, decía Osiris Troiani en noviembre de 1970. “La crisis -continuaba- no se superará sino cuando alguien -desde el Gobierno o en la oposición- sea capaz de vencer limpiamente al peronismo, sin negarle el acceso a las urnas”. Y concluía: “Ese objetivo ya no parece inalcanzable”.<sup>90</sup>

El problema era si Perón aceptaría esas reglas de juego. Lanusse apostará a favor de ello y para muchos, hacerlo no era descabellado: “No ha sido la guerrilla nunca el negocio de Perón, conductor de masas, gran negociador y acuerdista.

---

<sup>89</sup> O'DONNELL, G., *ob. cit.*, p. 328.

**284 |** <sup>90</sup> TROIANI, Osiris, “La taba culera”, en *Primera Plana*, 17/XI/70.

Por eso no se esperaba que denunciara o congelara los acuerdos de Paladino con Balbín... Perón sabe que su negocio son las elecciones... Continuará alentando a todas (las variantes en su favor) y jugando su carta a las catástrofes que permitan el acortamiento eventual de los plazos electorales, allí donde sabe que su voz todavía es potente".<sup>91</sup> Sin embargo, esos juegos de engaño acerca de cuáles eran sus verdaderos objetivos condicionaron el éxito del plan de Lanusse. Los Montoneros evalúan que la adhesión a La Hora del Pueblo es una táctica de Perón para darse tiempo y organizar con más cuidado la guerra revolucionaria. En este pensamiento arremeten contra Paladino, considerado como totalmente entregado al electoralismo y, por lo tanto, confundiendo táctica con estrategia. Como dice Gillespie, "el desarrollo de los acontecimientos revelaría que eran los Montoneros los que habían confundido la estrategia de Perón con su táctica y viceversa".<sup>92</sup> Sin embargo, el reemplazo de Paladino por Cámpora le hace perder a Lanusse un aliado valioso en su propósito de que predominaran los sectores peronistas moderados en el proceso que desembocaría en las elecciones de 1973.

Tan importante como lo anterior para el éxito de una transición democrática en los términos que pretendía Lanusse era el comportamiento de quienes debían ser sus aliados: los radicales. Los contactos entre Lanusse o sus hombres de confianza y Balbín u otros líderes de su partido adquieren una significación mayor cuando a mediados de enero de 1971 el Comandante del Ejército se encuentra personalmente por primera vez con Arturo Mor Roig.

Mor Roig presenta una característica importante para Lanusse. Compartía con él (a diferencia de sus correligionarios) la necesidad de una reforma constitucional para asegurar una democracia estable. Las propuestas de Mor Roig eran precisas: planteaba ciertas directivas para el Estatuto de los Partidos Políticos y proponía un plazo de tres meses para organizarlos. Además, tenía ideas concretas de la secuencia de las medidas siguientes: enmienda constitucional, fechas de elección uniformes, promulgación de la ley electoral. Esto debía estar acompañado por una activa política social y económica, la reforma de los sindicatos, el restablecimiento de la autonomía universitaria, suministro de fondos para todos los niveles educativos y, finalmente, la voluntad de las FF.AA. de identificarse con la sociedad civil. Pero, ¿era la opinión de Mor Roig la de todo el radicalismo?

A mediados de 1970 podían considerarse tres grupos distintos en la UCRP,

---

<sup>91</sup> *Análisis*, 29/XII/70, p. 10.

<sup>92</sup> GILLESPIE, Richard, *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Bs. As., Grijalbo, 1997, p. 136.

diferenciados en su posición acerca de cómo relacionarse con los militares. El primero de ellos es el que *Confirmado* llama "los silenciosos". Esta denominación provenía del supuesto pedido de que aunque no hicieran declaraciones favorables al gobierno surgido luego del desplazamiento de Onganía, lo apoyaran pasivamente no criticándolo. Se consideraba dentro este grupo a José Luis Cantilo (como se dijo, primo de Lanusse y con variados contactos entre los oficiales superiores), Julián Sancerni Giménez (caudillo de la Capital, con amigos en el Ejército) y el mismo Mor Roig (de quien se destacaba su paso por la UCA y su amistad con el politólogo católico Francisco Arias Pelerano). Tentativamente se incluía también en este grupo a Juan Carlos Pugliese (ex ministro de Economía de Illia) y Anselmo Marini (ex gobernador de Buenos Aires durante el mismo período).

En el otro extremo estaban "los dramáticos", contrarios a cualquier acercamiento con los militares y partidarios de mantener actitudes heroicas en esa negativa. En esta tendencia estaban Raúl Alfonsín (Buenos Aires); todo el grupo Córdoba (Conrado Storani, Carlos Becerra), Arturo Illia, Germán López, Roque Carranza y el grupo de la revista *Inédito* que dirigía por Mario Monteverde.

Finalmente, entre estos dos polos estaban "los intermedios", cuyo representante perfecto era Ricardo Balbín. Una declaración del Comité Nacional ante el desplazamiento de Onganía permite leer entre líneas esta posición conciliadora: "Las Fuerzas Armadas, al reasumir el poder que ejercitaron para la quiebra del orden institucional, han puesto fin a una conducción autocrática, de inspiración totalitaria, con el propósito expresado de restablecer cuanto antes el libre juego de las instituciones republicanas".<sup>93</sup> Serían también "intermedios" Carlos Perette (más cercano a los duros), Miguel Ángel Zabala Ortiz y el ex intendente de Buenos Aires Francisco Rabanal (próximo a "los silenciosos").

Estas distintas posiciones frente a los militares van a reflejarse en un fuerte debate interno cuando Lanusse asuma la presidencia, lleve como ministro del Interior a Mor Roig y se lance el Gran Acuerdo Nacional. El dilema de los radicales acerca de cuál debía ser su papel ante una salida eleccionaria se movía entre aliarse al proyecto lanussista (única vía por la cual podían imponerse al peronismo pero con el peligro de ser percibidos por la opinión pública como el aliados de los militares, tal como había ocurrido en las elecciones de 1958) o mantener sus principios, ser previsiblemente derrotados por Perón y transformarse en el furgón de cola de La Hora del Pueblo. Su indecisión al respecto los hará recibir los perjuicios

sumados de ambas alternativas y ninguno de sus posibles beneficios.

¿Es esto simplemente producto de la ineficacia de los dirigentes radicales? En realidad, el panorama político a fines del 70 era, visto desde hoy, particularmente confuso. Políticos enemigos del gobierno militar pero que creían necesaria una confluencia entre civiles y militares; que querían las elecciones pero las minimizaban porque las verdaderas transformaciones sociales no se hacían con las urnas; antiimperialismo, socialismo, liberación y toda una serie de conceptos difusos poblaban el renacido discurso político a fines de 1970. Sólo Lanusse, Perón y la guerrilla tenían de alguna manera claro lo que se proponían. Ellos serán los protagonistas de los apasionantes días que desembocan en las elecciones de 1973.